

se negó á llevarla porque le impedía el libre uso de sus miembros, prefiriendo afrontar al enemigo con su honda y su cuchillo.

Resulta, pues, que los ejércitos ajenos, ó te arruinan, ó te abandonan, ó te ahogan. Carlos VII, padre del rey Luis XI, cuando por su valor y fortuna arrojó de Francia á los ingleses, comprendió la necesidad de tener ejército propio y dió á su reino las ordenanzas de los hombres de armas y de la infantería. Posteriormente el rey Luis, su hijo, prescindió de la infantería propia, tomando á sueldo suizos. Esta falta, cometida también por sus sucesores, es causa, como se está viendo, de grandes peligros para aquel reino, pues ha servido para dar fama á los suizos y para desprestigiar el ejército francés. Carece éste de infantería, y sus hombres de armas están sometidos en cierto modo á una milicia extranjera, pues acostumbrados á pelear al lado de los suizos, no creen poder vencer sin su ayuda. De aquí que los franceses no se atrevan contra los suizos, ni contra otros, sin que éstos les acompañen.

Son, pues, los ejércitos franceses mixtos de nacionales y mercenarios, organización preferible á la de ejércitos auxiliares ó completamente mercenarios; pero muy inferior á la de ejércitos nacionales. Baste, para probarlo, el referido ejemplo, porque el reino de Francia sería invencible si la organización de Carlos VII se hubiera conservado y desarrollado; pero la escasa prudencia humana ve en muchas cosas la ventaja inmediata, y no el veneno que encierran, como en la fiebre ética de que ya he hablado.

Así, pues, el príncipe que no conoce los males sino cuando son ya incurables, no es verdaderamente sabio; sabiduría que pocos tienen.

La primera causa de la ruina del imperio romano fué el empezar á tomar á sueldo á los godos, porque esto

ocasionó el enervamiento de las fuerzas del imperio, y la fama de las tropas romanas pasó á las godas.

Termino, pues, afirmando que, sin ejército propio, ningún principado está seguro, quedando á merced de la fortuna y sin recursos que en la adversidad lo defiendan. Siempre fué opinión y máxima de los sabios no haber nada más débil é inestable que la fama de un poder no fundado en fuerzas propias. Ejércitos nacionales son los organizados con súbditos ó ciudadanos ó deudos tuyos: todos los demás, son: ó mercenarios, ó auxiliares. La organización de aquéllos se aprenderá fácilmente estudiando las que he referido en anteriores escritos (1), donde se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y principados los han ordenado y armado.

#### CAPÍTULO XIV

##### *De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia.*

La principal ocupación y el estudio preferente de un príncipe debe ser el arte de la guerra y la organización y disciplina de los ejércitos, porque ésta es la verdadera ciencia del gobernante, y tan útil, que no sólo sirve para mantener en el poder á los que han nacido príncipes, sino también para que simples particulares lleguen á este rango supremo. En cambio, es frecuente ver perder sus Estados á los príncipes que viven en la mollicie y el reposo. Repito, pues, que la principal causa para perder el poder es desdeñar el arte de la guerra, y la primera para alcanzarlo profesar dicho arte.

Por tener un ejército llegó Francisco Sforza de sim-

(1) Alude sin duda á su obra *El arte de la guerra*.

ple particular á duque de Milán, y sus hijos, por esquivar las fatigas y disgustos del ejercicio de las armas, bajaron de duques á simples ciudadanos. Porque entre los males que te acarrea el carecer de ejército, uno es hacerte despreciable, y esta consideración debe evitarla á toda costa el príncipe, según diré más adelante. Entre hombres armados y desarmados no hay proporción alguna, y la razón rechaza que los armados obedezcan de buen grado á los desarmados, como también que los señores desarmados estén seguros entre servidores armados, pues la desdeñosa altivez de aquéllos y los celos de éstos se avienen mal para estar juntos. Por ello un príncipe que no entiende el arte de la guerra, además de otras desdichas ya indicadas, tiene la de que ni le estimen sus soldados, ni pueda fiarse de ellos.

No deben, pues, los príncipes cesar un momento en el estudio del arte militar, ejercitándose aun más en tiempo de paz que en el de guerra, cosa que pueden hacer de dos modos: con trabajos mentales y con ejercicios prácticos. Con éstos procurarán que sus tropas estén bien organizadas y disciplinadas. Además han de dedicarse á la caza para acostumbrar el cuerpo á las fatigas y para estudiar la naturaleza de los terrenos, conocer cómo están formados los montes y los valles, cómo se extienden las llanuras, cómo se forman los ríos y los pantanos, poniendo en todo ello grandísima atención. Este conocimiento es útil en dos conceptos: primeramente, porque se estudia el propio país, y se puede proveer mejor á su defensa; en segundo lugar, porque la práctica adquirida sirve para conocer rápidamente las condiciones de cualquier otro terreno que sea preciso estudiar; porque las colinas, los valles, llanuras, ríos y pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen con los de otras provincias cierta seme-

janza; de modo que, conocida bien una comarca, fácilmente se consigue el conocimiento de las demás.

Cuando el príncipe no tiene esta pericia, le falta una de las principales condiciones de un buen general, porque con ella se aprende á encontrar al enemigo, á buscar alojamientos, á guiar el ejército, á preparar las batallas y hacer las campañas con ventaja. Entre los elogios que los historiadores tributan á Filopemen, príncipe de los aqueos, es uno que en tiempo de paz sólo pensaba en el arte de la guerra, y cuando viajaba con sus amigos con frecuencia se detenía para preguntarles: «Si el enemigo estuviera en aquellas colinas y nosotros nos encontráramos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo se podría ir á su encuentro sin desordenarse? Si quieramos retirarnos, ¿cómo lo haríamos? Si el enemigo se retirara, ¿cómo le perseguiríamos?» Y durante el camino iba proponiendo todos los casos en que puede encontrarse un ejército; oía la opinión de sus acompañantes, decía la suya y las razones en que la fundaba, y con este continuo ejercicio era imposible que, cuando mandaba un ejército, tropezara con obstáculos irremediables.

Respecto á los ejercicios mentales, el príncipe debe leer la historia y fijarse en las hazañas de los hombres célebres, ver cómo se han gobernado en la guerra; las causas de sus victorias y de sus derrotas, para evitar éstas é imitarles en aquéllas, y, sobre todo, hacer lo que en pasados tiempos hicieron algunos grandes hombres que tomaron por modelo á algún capitán famoso, procurando copiar sus hazañas, como se dice que Alejandro Magno copió á Aquiles, César á Alejandro, Scipión á Cyro.

Quien lea la vida de Cyro, escrita por Xenofonte, reconocerá después en la de Scipión cuánta gloria alcanzó imitándole y cómo en la castidad, afabilidad, huma-

nidad y liberalidad se ajustó Scipión á lo que de Cyro dice el historiador griego.

Tal ha de ser la conducta de un príncipe sabio. No debe permanecer ocioso durante la paz, sino aprovecharla para adquirir la suma de conocimientos que en la adversidad puedan valerle, á fin de que, si cambia la fortuna, le encuentre dispuesto á recibir sus golpes.

### CAPÍTULO XV

*Por qué cosas los hombres, y especialmente los príncipes, merecen alabanza ó vituperio.*

Réstanos tratar de la conducta y procedimientos que debe seguir un príncipe con sus súbditos y con sus amigos. Sé que muchos han escrito de este asunto y temo que al hacerlo ahora yo, tratándolo bajo otros aspectos, se me tenga por presuntuoso. Pero mi intento es escribir cosas útiles á quienes las lean, y juzgo más conveniente decir la verdad tal cual es, que como se imagina; porque muchos han visto en su imaginación repúblicas y principados que jamás existieron en la realidad. Tanta es la distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien prefiere á lo que se hace lo que debería hacerse, más camina á su ruina que á su consolidación, y el hombre que quiere portarse en todo como bueno, por necesidad fracasa entre tantos que no lo son, necesitando el príncipe que quiere conservar el poder estar dispuesto á ser bueno ó no, según las circunstancias.

Prescindiendo, pues, de príncipes imaginados y ateniéndome á los verdaderos, digo que todos los hombres de quienes se habla, y especialmente los príncipes, por ocupar lugar tan perspicuo, poseen cualidades dignas

de elogio ó de censura: unos son liberales, otros miseros (empleo esta palabra toscana, porque *avaro*, en nuestra lengua, es el que atesora valiéndose de la rapiña, y llamamos *miserio* al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo), unos dan con esplendidez, otros son rapaces, algunos crueles y otros compasivos; los hay guardadores de sus promesas é inclinados á faltar á su palabra; afeminados y pusilánimes, ó animosos y aun feroces; humanos ó soberbios; castos ó lascivos; sinceros ó astutos; de carácter duro ó afable, grave ó ligero; religiosos ó incrédulos, etc.

Comprendo que en el concepto general sería por demás laudable encontrar en un príncipe todas las citadas buenas cualidades; pero no siendo posible ni, si lo fuera, practicarlas, porque no lo consiente la condición humana, el príncipe debe ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le privarían del poder, y aun prescindir, mientras le sea posible, de los que no acarrear tales consecuencias. No debe tampoco cuidarse de que le censuren aquellos defectos, sin los cuales le sería difícil conservar el poder, porque considerándolo bien todo, habrá cualidades que parezcan virtudes y en la aplicación produzcan su ruina, y otras que se asemejen á vicios, y que, fomentándolas, le proporcionen seguridad y bienestar.

### CAPÍTULO XVI

*De la liberalidad y de la miseria.*

Empezando por las primeras de las cualidades antes referidas, digo que el príncipe hará bien en ser liberal.

Sin embargo, la liberalidad empleada por quien no es temido le perjudica, porque usada, como debe usarse, de manera que no se sepa, no evitará que se le tenga por miserable. Para tener y conservar fama de liberal es preciso vivir con lujo y suntuosidad, haciendo cuantiosos gastos, y el príncipe que los haga empleará en esto sus rentas, necesitando al fin, para mantener el fausto, gravar con impuestos considerables á sus súbditos, apelar á todos los procedimientos fiscales y echar mano de cuantos recursos pueda valerse para recaudar dinero. Todo esto le atraerá la malquerencia de los súbditos, la pérdida de la estimación y la del dinero, de suerte que su liberalidad le habrá servido para ofender á muchos y premiar á pocos, ocasionándole serios disgustos; y aun se expone, al comprender las consecuencias y querer variar de conducta, á que entonces se le censure por tacaño.

No pudiendo, pues, el príncipe practicar la virtud de la liberalidad de un modo público, sino en su daño, debe importarle poco, si es prudente, que le califiquen de avaro, pues el tiempo modificará esta opinión al saberse que ajusta los gastos á los ingresos y que puede defenderse de quien le declare la guerra y aun emprender conquistas sin imponer nuevos tributos al pueblo; resultando liberal para aquellos á quienes nada quita, que son infinitos, y tacaño en concepto de aquellos á quienes no da, que son pocos.

No hemos visto en nuestros tiempos hacer grandes cosas más que á los tenidos por avaros; los otros han sucumbido. Sirvió la fama de liberal á Julio II para llegar al pontificado y no pensó después en conservarla, prefiriendo tener recursos para luchar con el rey de Francia. Pudo hacer tantas guerras sin aumento alguno en los tributos, renunciando á los gastos superfluos y realizando grandes economías. Si el actual rey de Es-

paña (1) tuviese fama de liberal, no habría triunfado en tantas empresas.

Debe, por tanto, un príncipe cuidarse poco de que le llamen tacaño, si lo es, para no verse obligado á robar á sus súbditos, para poder defenderse, para no llegar á ser pobre y despreciable, para no ser por necesidad rapaz, porque el vicio de la avaricia será uno de los que le matengan en el poder.

Si alguno objetara que César con la liberalidad consiguió el imperio, y otros muchos por ser y tener fama de liberales han llegado á elevadísimos puestos, responderé que una cosa es ser príncipe y otra querer serlo. La liberalidad es dañosa en el primer caso: en el segundo, indispensable; y César fué uno de los que aspiraron al poder supremo en Roma. Pero si, al lograrlo, hubiese vivido largo tiempo sin moderar los grandes gastos, perdiera seguramente el poder alcanzado con su liberalidad.

Y si alguien replica que ha habido muchos príncipes con fama de muy liberales que con sus ejércitos hicieron grandes cosas, distinguiré si atendió á las liberalidades con dinero suyo, ó de sus súbditos, ó de otros. En el primer caso debe ser parco, y en el segundo no ser liberal á costa de los que le sirven. Sólo en el tercer caso, cuando el príncipe va al frente de un ejército al cual mantiene con las presas, los saqueos y rescates que hace ó impone al enemigo, le es indispensable la liberalidad, porque de otro modo no le seguirían sus soldados.

De lo que no es tuyo ni de tus súbditos, puedes ser ampliamente liberal y generoso, como lo fué Cyro, César y Alejandro, pues el gastar lo ajeno no quita fama, sino la da; mientras prodigar lo tuyo, te perjudica.

(1) Don Fernando V el Católico.

No hay condición más propensa á gastarse y consumirse por sí misma que la de la liberalidad, pues á medida que la usas vas perdiendo los medios de ejercerla, y llegas á la pobreza y al desprecio, ó, por huir de ambas cosas, á ser rapaz y odioso. De nada debe guardarse más un príncipe que de inspirar desprecio ú odio, y la liberalidad conduce á una de ambas cosas. Por tanto, es más atinado consentir fama de tacaño, la cual no honra, pero tampoco engendra odio, que, por buscar reputación de liberal, verse en la precisión de cometer rapiñas infamantes y odiosas.

#### CAPÍTULO XVII

*De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido.*

Continuando el examen de las condiciones antes referidas, digo que todos los príncipes deben desear reputación de clementes y no de crueles, pero sin hacer mal uso de la clemencia. Tenía César Borja fama de cruel, pero su crueldad dió á la Romana unidad, paz y buen gobierno; de modo que, pensándolo bien, resulta César Borja mucho más clemente que el pueblo florentino, cuando, por no aparecer cruel, dejó destruir á Pistoja.

Debe, pues, el príncipe no cuidarse mucho de la reputación de cruel cuando le sea preciso imponer la obediencia y la fidelidad á sus súbditos, pues ordenando algunos poquísimos ejemplares castigos, resultará más humano que los que, por sobrado clementes, dejan propagarse el desorden, causante de numerosas muertes y robos, desmanes que dañan á todos los habitantes, mientras los castigos, oportunamente ordenados por el príncipe, sólo perjudican á algunos súbditos.

De todos los príncipes son los nuevos quienes con mayor dificultad pueden evitar la fama de crueles, porque los Estados nuevos están llenos de peligros. Virgilio hace excusarse á Dido de la severidad de sus medidas para mantenerse en un reino que no tenía por herencia, diciendo:

*Res dura, et regni novitas me talia cogunt  
Moliri, et late fines custode tueri* (1).

Sin embargo, el príncipe nuevo debe proceder cautamente en cuanto haga, no dando crédito á todo lo que le digan, ni asustándose de su sombra, portándose con prudencia y humanidad, sin que la excesiva confianza le haga incauto, ni la sobrada suspicacia intolerable.

Pregúntase con este motivo *si es mejor ser amado que temido ó temido que amado*, y se responde que convendría ser ambas cosas; pero, siendo difícil que estén juntas, mucho más seguro es ser temido que amado, en el caso de que falte uno de los dos afectos. Porque de los hombres puede decirse generalmente que son ingratos, volubles, dados al fingimiento, aficionados á esquivar los peligros, y codiciosos de ganancias: mientras les favoreces, son completamente tuyos y te ofrecen su sangre, sus haciendas, su vida y hasta sus hijos, como ya he dicho anteriormente, siempre que el peligro de aceptar sus ofertas esté lejano; pero si éste se acerca, se sublevan contra ti. El príncipe que fía únicamente en sus promesas y no cuenta con otros medios de defensa, está perdido, pues las amistades que se adquieren por precio y no por la nobleza del alma, subsisten hasta que

(1) Mis fronteras guardar por fuerza debo;  
Dura es mi situación, y el reino es nuevo.

(ENEIDA.— Traducción de D. Miguel Antonio Caro.  
BIBLIOTECA CLÁSICA.)

los contratiempos de la fortuna las pone á prueba, en cuyo caso no se puede contar con ellas. Los hombres temen menos ofender á quien se hace amar que al que inspira temor; porque la amistad es sólo un lazo moral, lazo que por ser los hombres malos rompen en muchas ocasiones, dando preferencia á sus intereses; pero el temor lo mantiene el miedo á un castigo que constantemente se quiere evitar.

Debe, sin embargo, el príncipe hacerse temer de modo que el miedo no excluya el afecto y engendre el odio, porque cabe perfectamente ser temido y no odiado; así sucederá siempre que respete los bienes y la honra de las mujeres de sus conciudadanos y súbditos. Si necesitara derramar la sangre de alguno, hágalo con la justificación conveniente y por causa manifiesta. Sobre todo, absténgase de quedarse con sus bienes, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Además, los motivos para confiscar bienes nunca faltan, y el que se aficiona á vivir de la rapiña, á todas horas encuentra ocasión de practicarla, mientras los motivos para imponer penas de muerte son raros, y con frecuencia no existen.

Pero si el príncipe está al frente de un ejército y tiene que gobernar multitud de soldados, le es indispensable no cuidarse del dictado de cruel, que, sin esta fama, no se tiene un ejército disciplinado y dispuesto á cualquier empresa.

Entre las admirables acciones de Anníbal, se cita la de que, mandando grandísimo ejército, formado por hombres de diversas razas y llevado á pelear á tierra extranjera, jamás hubo en él asonadas ni tumultos, ni entre los soldados, ni contra el general, lo mismo en la buena que en la mala fortuna. Producía esta severa disciplina su inhumana crueldad, la que, unida á su grandísimo valor, hacía que le mirasen los soldados con

veneración y terror. Sin la severidad, sus demás eminentes cualidades no hubieran producido este resultado.

Hay, sin embargo, escritores tan poco juiciosos que admiran los hechos de Anníbal y al mismo tiempo condenan la principal causa de ellos, porque es indudable que todo el genio de capitán cartaginés no bastara para lo que hizo sin la dureza de su mando, como lo prueba lo que sucedió á Scipión (capitán de rarísimo mérito, no sólo en su tiempo, sino en todos aquellos que la memoria alcanza), al cual se le sublevaron los ejércitos en España á causa de la excesiva benevolencia con que concedía á los soldados más libertades de las compatibles con una buena disciplina. Por ello le censuró Fabio Máximo en el Senado, llamándole corruptor de la milicia romana. Habiendo atropellado gravemente á los locrenses uno de sus legados, ni vengó á las víctimas, ni castigó la demasía de su lugar-teniente, porque su índole era benévola; y así sucedió que, queriendo excusarle un senador en el Senado, alegaba que como Scipión había muchos hombres, más á propósito para no faltar que para corregir faltas ajenas. Esta condición de su carácter hubiera menoscabado la fama y la gloria de Scipión, si ejerciera siempre mando supremo; pero sometido á la autoridad del Senado, en vez de perjudicarlo, le enaltecíó.

En conclusión, y volviendo al tema de si un príncipe debe ser temido ó amado, digo que los hombres aman según su voluntad, y temen conforme á la voluntad del príncipe; por lo cual, si éste es sabio, debe fundamentar su poder en lo suyo y no en lo ajeno, procurando solamente, como he dicho, no hacerse odiar.

## CAPÍTULO XVIII

*De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida.*

Todo el mundo sabe cuán laudable es que el príncipe prefiera siempre la lealtad á la falacia; sin embargo, la experiencia de nuestros tiempos prueba que príncipes á quienes se ha visto hacer grandes cosas, tuvieron poco en cuenta la fe jurada, procurando atentamente engañar á los hombres y consiguiendo al fin dominar á los que en su lealtad fiaban.

Sébase que hay dos maneras de combatir, una con las leyes y otra con la fuerza. La primera es propia de los hombres, y la segunda de los animales; pero como muchas veces no basta la primera, es indispensable acudir á la segunda. De aquí que á los príncipes convenga saber aprovechar estas dos especies de armas. Los antiguos escritores enseñaban esta condición de un modo alegórico, diciendo que Aquiles y muchos otros príncipes de remotos tiempos fueron dados á criar al Centauro Chirón, quien los tenía en su guarda. El darles un preceptor medio hombre, medio bestia, significa la necesidad para el príncipe de saber usar ambas naturalezas, porque una sin otra no es duradera. Obligado el príncipe á saber emplear los procedimientos de los animales, debe preferir los que son propios del león y del zorro, porque el primero no sabe defenderse de las trampas, y el segundo no puede defenderse de los lobos. Se necesita, pues, ser zorro para conocer las trampas, y león para asustar á los lobos. Los que sólo imitan al león, no comprenden bien sus intereses.

No debe, pues, un príncipe ser fiel á su promesa

cuando esta fidelidad le perjudica y han desaparecido las causas que le hicieron prometerla. Si todos los hombres fueran buenos, no lo sería este precepto; pero como son malos y no serán leales contigo, tú tampoco debes serlo con ellos. Jamás faltarán á un príncipe argumentos para disculpar el incumplimiento de sus promesas, de lo cual podrían presentarse infinitos ejemplos modernos y demostrar cuántos compromisos y tratados de paz han dejado de cumplirse por deslealtad de los príncipes, siendo siempre ganancioso el que mejor ha imitado al zorro.

Pero es indispensable saber disfrazar bien las cosas y ser maestro en fingimiento, aunque los hombres son tan cándidos y tan sumisos á las necesidades del momento que, quien engañe, encontrará siempre quien se deje engañar.

De los ejemplos actuales citaré uno. Alejandro VI jamás pensó ni hizo otra cosa que engañar á los demás, ni ha habido quien aseverase con más seriedad, ni quien con mayores juramentos afirmara una promesa, ni menos la cumpliera. Sin embargo, sus engaños le fueron siempre provechosos, porque conocía bien á los hombres.

No necesita un príncipe tener todas las buenas cualidades mencionadas, pero conviene que lo parezca. Hasta me atreveré á decir que, teniéndolas y practicándolas constantemente, son perjudiciales, y pareciendo tenerlas, resultan útiles. Lo será, sin duda, el parecer piadoso, fiel, humano, religioso, íntegro, y aun el serlo; pero con ánimo resuelto á ser lo contrario en caso necesario.

Ningún príncipe, y menos un príncipe nuevo, puede practicar todas las virtudes que dan crédito de buenos á los hombres, necesitando con frecuencia, para conservar su poder, hacer algo contrario á la lealtad, á la

clemencia, á la bondad ó á la religión. Su carácter ha de tener la ductilidad conveniente para plegarse á las condiciones que los cambios de fortuna le impongan, y, segun ya he dicho, mientras pueda ser bueno, no dejar de serlo; pero sí en los casos de imperiosa necesidad. Debe también cuidar el príncipe de que no salga frase de su boca que no esté impregnada en las referidas cinco cualidades, y que en cuanto se le vea y se le oiga parezca piadoso, leal, íntegro, compasivo y religioso. Esta última es la cualidad que conviene más aparentar, pues generalmente los hombres juzgan más por los ojos que por los demás sentidos, y pudiendo ver todos, pocos comprenden bien lo que ven. Todos verán lo que aparentas, pocos sabrán lo que eres, y estos pocos no se atreverán á ponerse en contra de la inmensa mayoría, que tiene de su parte la fuerza oficial del Estado. De las intenciones de los hombres, y más aun de las de los príncipes, como no pueden someterse á apreciación de tribunales, hay que juzgar por los resultados. Cuanto haga un príncipe por conservar su poder y la integridad de sus Estados se considerará honroso y lo alabarán todos, porque el vulgo se deja guiar por las apariencias y sólo juzga por los acontecimientos; y como casi todo el mundo es vulgo, la opinión de los pocos que no forman parte de él sólo se tiene en cuenta cuando falta base á la opinión vulgar.

Algún príncipe de los actuales que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto que, de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus Estados.

## CAPÍTULO XIX

*El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca.*

Después de hablar de cada una de las principales cualidades que debe tener un príncipe, trataré en conjunto y brevemente de las demás antes enumeradas, repitiendo que sobre todo debe evitar hacerse odioso y despreciable. Siempre que lo consiga, ningún daño le ocasionarán defectos de otra índole. Le harán odioso, como ya dije, la rapacidad y los atropellos contra los bienes de sus súbditos y el honor de las mujeres, de lo cual debe abstenerse. Siempre que respete los bienes y el honor de la generalidad de los gobernados, vivirán éstos contentos y sólo tendrá que luchar contra la ambición de unos cuantos, á quienes de varios modos y sin dificultad se les refrena.

También le hace despreciable el ser voluble, ligero, afeminado, pusilánime é irresoluto, defectos de que debe guardarse como de un escollo, procurando que en sus actos se note grandeza, valor, gravedad y fortaleza. En la resolución de los asuntos privados procurará que sus fallos sean irrevocables, conservando su prestigio de modo que nadie se crea capaz de engañarle ó hacerle variar de opinión. El príncipe que así obre logrará justa fama, y contra los que la tienen, difícil es que se conspire y aun más difícil atacarle cuando se sabe que es excelente y querido de sus súbditos.

El príncipe debe temer siempre dificultades de dos clases, interiores unas y exteriores otras; relativas á sus súbditos y referentes á los potentados extranjeros. De estos últimos podrá defenderse con buenas tropas